

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 27 DE DICIEMBRE DE 1840.

CONQUISTA DE PALMA

Oda.

Levanta, ó Palma, tu gloriosa frente,
De hermoso lauro y rosas coronada,
Entorno tiende tus vivaces ojos;
Mira los campos que tornaron rojos
Por la sangre caliente
Que vertió encima guerra despiadada.
Mira, ó Palma, tus ínclitas almenas,
Que las rabiosas huestes agarenas
Abandonaron hoy. Hoy es el día
Que baña de alegría
Nuestros leales pechos.
Hoy derrotados fueron y deshechos
Los que de ti soberbios se burlaban,
Y en bárbara cadena
Tu cerviz indomable sujetaban.
El eco del contento
En tus distantes ángulos resuena,
Y el mallorquin acento
Preconiza la fama ilustre y clara
Del regio vencedor que te librara.
Ya para iluminar la vez postrera
Al suelo balear, en veinte y nueve
Nace brillante el sol, y en limpia esfera
Desplega su esplendor. El horizonte
De templado calor y luz se embebe.
No se demuestran aun en alto monte

Los matinales rayos,
Y sañudos ensayos
De asoladora guerra ya comienzan.
Ansiosos los Iberos se avergüenzan
De tanta obstinacion. Ya les convoca
El héroe entre tantos distinguido,
É impacientes esperan de su boca
El orden que á la muerte les conduzca,
O al triunfo que ya por repetido
Nuevos lauros no nuevo honor produzca.
Su mismo aliento enfrenan los guerreros,
Y óyenle como esclama: «Compañeros,
Ya de ese año gozais el postrer día;
Hoy, hoy la insigne Palma ha de ser mía.»

Cual piedra corpulenta,
Que de nerviosa mano desprendida
Al centro de laguna es arrojada,
Y el agua detenida
Con la fuerza violenta,
Su faz altera, tersa y reposada:
Ora haciendo pompillas
Mil círculos ondosos
Se deslizan corriendo á las orillas;
Ora flotantes bellós y espumosos
El curso retroceden
Y estinguidos apénas
Otros mil les suceden.
Del hondo suelo suben las arenas,
En las movidas aguas se incorporan,
Y de turbio y obscuro las coloran;
Todo al veloz impulso
De piedra que lanzó valiente pulso.

Príncipe de Viana.

Asi la sola voz del gran caudillo
 El campo agita en rauda movimiento,
 Ya retumba el clarin de ronco acento,
 El parche cruje, y el marcial tordillo
 Bufa ya, y arremete
 Sin que se lo prohiba su ginete.
 La fulgurante espada
 Corta á cercen los miembros agarenos;
 Ya la trenzada malla
 No detiene la entrada

A la enemiga punta. Hendidos senos
 La coracina muestra y la celada.
 Crece el negro furor de la batalla;
 Del estallante hierro los crujidos,
 De los que espiran míseros gemidos.
 El valor del cristiano se hace plaza,
 La aragonesa lanza en la carne entra,
 Derriba y atropella cuanto encuentra,
 La adarga ménos sirve que embaraza,
 La cimitarra cae
 Y á su dueño tambien consigo trae.

Los bravos de Ismaél por fin cedieron:
 En el profundo mar fué sumergida
 Su elevada fortuna. Resistieron
 Cuanto valientes resistir pudieron,
 Y en tanto que de vida
 Y lanza disfrutaron
 De su pecho los brios demostraron.
 Quebrantó tu cerviz al cielo erguida,
 Robusto musulman, la espada fuerte
 Y la justicia del valor ibero.
 Sangre y desolacion, estrago y muerte,
 Consternaron al fin tu orgullo entero.
 El español lozano
 No con el hambre te apremió, cual hizo
 El cobarde romano
 Que el campo Numantino asi deshizo.
 Brazo á brazo lidiaba, y pecho á pecho
 Te redujo al estrecho
 De abandonar á Palma. Asi se ultraja,
 Robusto musulman, tu escelsa gloria;
 Asi tu insignia raja;
 Asi se adquiere y grita la victoria,
 Y el sagrado estandarte
 En la cima tremola del baluarte.

Diciembre de 1832.—T. A.

1464.

III.

Asomados al antepecho de una galería del real palacio de Barcelona el Príncipe de Viana y su fiel Ausias respiraban la fresca brisa del mar que sin olas como sin rumores se estendia ante sus ojos poblado de velas y de esquifes. Era una de aquellas claras noches de verano en que la luna émula del sol y eclipsando celosa á las estrellas, reina en el cielo como única soberana, y llena con su sola luz los desiertos espacios del firmamento.

— Hermosas horas, observó Carlos, dignas del trovador ó del solitario, hechas para cantar ó para contemplar. ¡Cómo me recuerdan aquel tiempo cuando era yo tambien solitario y trovador, cuando era feliz!

— Y no habeis sido feliz desde entónces? Acordaos, ó Príncipe, de aquel reciente dia en que Barcelona entera salió de sus muros á abrazaros como una madre al hijo que creyó difunto, en que por boca de sus niños os ofreció sus homenajes tan tiernos y sinceros como ellos: entónces nadasteis en felicidad, no por el esplendor y magestad que os ceñia, no por veros dueño de tantas lanzas y vasallos, no por el solemne triunfo y ruidosas aclamaciones que confundian y postraban á vuestros enemigos, sino porque erais amado, y porque vuestra presencia hacia felices á todos.

— Tienes razon; Ausias; mejor es oír el rumor de las bendiciones de un pueblo que el susurro de los bosques, vivir desvelado por el bien de los demas, que mecerse en dulces y dorados sueños, y remediar las miserias de los hombres, que llorarlas sosegadamente en el retiro. De algo valen los cuidados del trono, y hay tam-

bien sus dulzuras en llevar las insignias de esa víctima coronada que ha de inmolarse por un pueblo entero, y anteponer á su propia felicidad la del último de sus vasallos.

— Y goza tanto mas cuanto mas sacrifica, porque la felicidad del hombre está en el sacrificio.

— Tiempo ha, prosiguió el Príncipe, que no habia encontrado tal silencio y calma al rededor de mí, y que mi espíritu no habia podido elevarse tan libre y desahogadamente. Me parece hallarme en Mesina todavía recorriendo los sombríos claustros de San Plácido, ó habitar los desiertos salones del palacio de Mallorca batido de mas cerca por las olas, donde á la vista de una serie de reyes estinguida, escribia la historia de otra serie de reyes, los de Navarra, de los cuales era yo el último heredero, y cuyo hermoso reino no esperaba tornar á ver. Tú no has visto, Ausias, esta isla risueña y hospitalaria, esta perla que mis predecesores para engastarla en su corona arrebataron á sus primeros monarcas, cuyos retratos parecian mirarme ceñudos y amenazarme, aunque mi suerte era muy semejante á la suya. Quizá por esto la línea de Pedro IV se vió estinguida en sus hijos; quizá tambien el cielo, esterilizando la ambicion humana, no ha permitido que mi tio Alfonso, aunque el mas noble y justo de los conquistadores, legase á su hijo la corona de Aragon. No quiero, no, que se diezmen los vasallos para que su soberano añada un título mas á la cabecera de sus decretos, no comprendo así la felicidad de los pueblos.

— Plegue al cielo que cumpliéndose vuestros deseos, reposen pronto los pueblos á la sombra de vuestro cetro, y que la vida que os resta sobre el trono sea tan larga almenos como la que soportásteis en cautividad y destierro. Tres meses ha que Peralta llegó á esta ciudad con plenos poderes del rey vuestro padre para arreglar la concordia deseada, y tres meses que vá alejando su término con artificios y siniestras dilaciones. Temedlo todo de él, señor.

— Qué quieres? me estremecé ese hombre disimulado y feroz manchado con la sangre de mis fieles Beamonteses, pero es el enviado de

mi padre. ¿Crees que aguarde ó qué maquine algo?

— No sé: pero en cada salon de este palacio, en cada plaza de la ciudad, en las deliberaciones de los consejos, en los alardes militares, por dó quiera, cual si se multiplicara, aparece con sus miradas escrutadoras y con su rostro inescrutable, callado y sombrío en medio del gozo universal, como aquella nube, mirad, que asoma y destaca negra sobre el plateado horizonte.

La llegada de Blanca vino en este momento á dar otro giro á las tristes ideas de los dos interlocutores, Blanca en cuyas mejillas habian renacido las roaas como la serenidad en su frente, y que participando del triunfo de su hermano como habia participado de su desventura vivia entonces á un tiempo de la felicidad de entrambos. Ausias iba á retirarse tímido y respetuoso; pero la Princesa deteniéndole amablemente, Dó vais caballero? le dijo; sabeis que entre yo y mi hermano nadie cabe sino vos? Pueda almenos la presencia de Cárlos haceros soportable la mia que constantemente evitais.

— Ah! señora, vuestra presencia era un bien harto-celestial para quien á tristeza vive condenado, y yo debia vedármelo hasta tanto que cesasen los influjos de mi estrella.

— Pues qué! los sentís adversos todavía bajo un cielo tan sereno y en la atmósfera purísima que nos cerca?... O hermano mio! oiga yo la armonía de tu olvidado laud, y alguna de tus trovas juveniles, porque este dia es tan bello como los de nuestra edad primera.

— Mal sonarian aquí, repuso Cárlos sonriendo, las canciones del destierro, ó los desmayos de la afliccion; seríame preciso inventar un canto para la felicidad.

— Y vos, Ausias, no habeis nunca probado la dicha? Cantadnos, cantadnos la hora mas feliz de vuestra vida.

— Entonces acaso cantarid esta noche en mis versos.

— Oh! sin duda se os aparece al lado vuestra dama risueña, impalpable, bañada con los rayos de la luna. Pero si mora en la tierra, decidme su nombre, que yo soy Princesa y vos

Ausias, y pocas por altas que sean se negarán á mis súplicas y á vuestro amor cuyos afanes admiro y compadezco.

— Me compadeceis? exclamó vivamente el trovador. Vuestra piedad vale tanto para mí como el amor de mi dama, y no es otra quizá la gracia que del cielo he implorado. Ah! perdonad, señora, continuó con mas calma, tambien es ella como vos, hermosa, tambien discreta, tambien amable, amable ay! conmigo, miéntras ignore mi amor..... Pero no temais, jamas mi lengua le dirá mi pensamiento, ni mis ojos harán traicion á la lengua, prefiriendo cegar leños de los suyos, y mi amor dormirá conmigo en el sepulcro.

— Ah! sí, calládselo; y si no puede corresponderos, si su corazon está muerto ya para el amor, compadedla, así como ella compadecerá vuestros tormentos y silencio. ¿Quién no quisiera ser amada de tal modo?

Los tres estaban dolorosamente conmovidos y separáronse sin hablar otra palabra. Blanca al retirarse á su aposento, dejó vagar su melancólica imaginacion sobre el arcano inopinadamente descubierto, sobre los tiernos sacrificios de Ausias que con él se le revelaban, y sobre la oculta complacencia de verse objeto de tan generoso amor y de tan dulcísimos cantares. Estremeciése de pronto al oír unos pasos acercarse cautelosamente, y mas al ceder la puerta para dar entrada á Peralta.

— Caballero, le gritó con voz trémula, en estancia tan secreta y á hora tan avanzada ¿cómo osais presentaros ante mí?

— Perdonad, señora; negocios hay de todas horas y de todos lugares.

— Con el Príncipe debierais entenderos acerca de ellos, que conmigo ninguno como podeis tener.

— Antes á vos atañe unicamente el que ahora me trae. Escuchad, señora, que seré breve. Sois muger, sois débil, y heredera pronto quizá de una corona que devoran con los ojos ambiciosos potentados: vuestro padre la guarda, vuestra hermana la acecha, los reyes de Castilla y de Francia se la disputan, y los fatales

derechos que á ellos teneis no os han producido hasta ahora sino cadenas y desventura. Y bien; si se presentara á salvaros un paladin con toda su fortuna y pujanza ¿dudariais enlazar vuestra regia mano á la suya robusta, para que teniendo en la otra mano vos la diadema, y él la espada, os ahrierais al trono un camino seguro?

— Lo que de mí no ha conseguido la mas alta estima, mal podria conseguirlo la ambicion, y no seria á precio de un trono que volviera á encenderse, si posible fuese, en mi corazon el amor.

— Ni lo pediria tampoco vuestro campeon, ni seria principalmente lo que vos buscarais en él contentándonos con aceptar su brazo que en ciertos casos vale mas que un corazon. Peralta es el que os ofrece entrambos, Peralta dueño de tres mil lanzas, heredero de glorias y de timbres solo á los vuestros inferiores, Peralta que años ha está velando sobre vos, y que se cree dichoso en que le debais vuestra felicidad presente, vuestra libertad, y aun quizá el aliento que respirais.

— Mil gracias, Peralta, sé lo que valen vuestras palabras, y á lo que alcanzan por mi mal vuestros esfuerzos; pero advertid que no está en mi flaca mano la corona que os tienta, que brillará muy pronto sobre las sienes de mi hermano, y que de ellas podeis ir á arrancársela si os atreveis. El podrá agradeceros el apoyo que me disteis, cargo en el que os ha sucedido desde su libertad.

— Y qué pudiera volver á mí por la muerte del Príncipe....

— Su muerte! el cielo es harto piadoso, y los hombres le aman demasiado.... Pero lo habeis dicho con una sonrisa tan glacial, con acento tan sombrío.... Por Dios! acabad; nada me oculteis.

— Nada sé, Princesa, que no sepais tambien; que la rebelion le salvó de las cadenas, que son crueles los odios de una misma sangre, que la última noche de su prision cenó con la reina, que bebieron en distinta copa....

— Dios mio! y no habrá quién le salve? Mí

mano por su vida... mi mano os doy, Perálta, aunque despues la desmenuzeis con tenazas ardientes. Un antidoto... daos prisa.

— Es tarde ya: el plazo no haria sino apresurarse con vuestros esfuerzos y con la revelacion del secreto; es incierto pero inevitable. Blanca dió un grito y cayó al suelo desplomada.

Cuando las damas acudieron azoradas, encontraron insensible y yerta á su señora. Nadie hallaron con ella, todo estaba intacto y ordenado en la estancia, tranquilo todo en el palacio. Al volver en sí la Princesa lloró amargamente, y se quejó de una espantosa vision; y aquel grito, y aquel desmayo quedaron envueltas en densas sombras, y en siniestro misterio.

Desde aquella noche se vió á Blanca desfallecer y marchitarse, como la flor que abriga en sus hojas mortífero insecto. Nada sin embargo habia cambiado á su alrededor: Cárlos habia sido solemnemente proclamado primogénito de Aragon; nuevas esperanzas de paz, nuevas alianzas con los estados vecinos, nuevos homenajes de los pueblos, bendiciones y contento por todas partes. En medio de las pompas del palacio, ó de la alegría de las fiestas, se le sorprendian las lágrimas en los ojos: estremeciase á cada palabra de su hermano, cuya presencia evitaba á veces, y á veces contemplaba con ansia, estrechándole azorada como si alguien fuese á arrebatárselo. Cada noche se despedia de él como si fuera para siempre; cada mañana volvía á encontrarle con insensata alegría como si le viera resucitado del sepulcro. Así pasaron muchos días.

En uno de los primeros de setiembre resonó súbitamente el palacio con sollozos y clamores, y se agrupó la poblacion entera al rededor de él; Cárlos habia sido herido por un fuerte desmayo en medio de su Consejo. Blanca no empalideció, porque estaba ya pálida, y exclamó tan solo; Dios mio! ya ha llegado el dia. Y estas palabras admiraron á los que las oian, porque aquel golpe era para todos inesperado. En aquellos dias el pueblo se despojó de sus galas; las calles aparecian con las tiendas cerradas, vacías de gente y de rumores, cual suelen á la

madrugada; las iglesias enlutadas y llenas de fieles resonaban con solemnes rogativas; y la ciudad toda pareciera silenciosa y sombría como los que velan á un moribundo.

Un rayo de salud brilló en Cárlos una vez, y un rayo de gozo en los habitantes. Pálido y débil como estaba se les mostró desde el regio balcon, y el Príncipe y su pueblo se contemplaron por largo espacio en tierno silencio, que acabó en aquel por lágrimas, y en el pueblo por aplausos. Todos rodeaban á Blanca y la felicitaban, pero ella respondia tristemente: Mi hermano morirá. Cumpliéndose su presagio. Bien pronto Cárlos reposó su cabeza sobre la almohada para no levantarla jamas, y fueron estinguiéndose los latidos de su pulso al paso que aumentaba el ardor que le consumia. El sacerdote vino á su lado, y Dios dentro de su pecho para consolarle; y despues que con lágrimas pidió el perdón de su Criador, y con una tierna carta el de su padre, llamando á los consejeros y cortesanos, y ofreciéndoles á uno tras otro su lánguida mano pendiente del lecho, les dijo: Tambien necesito de vuestro perdón, ó vosotros á cuyo reposo y fortuna mi vida ha sido tan fatal, y á quienes mi muerte va á serlo mas arrebatándome en el punto de premiar vuestros sudores. El proceso de mi historia va á publicarse en la tierra, miéntras el de mi vida va á abrirseme en el otro mundo: ojalá sean los hombres tan justos como lo será Dios. Vuestro amor me dice que no pude ser culpable, y que fuí digno de ser vuestro Príncipe... mas no lloreis así, os ruego. O Dios mio! perdona al que fué tan amado de sus semejantes. Todos juraron entre sollozos ser fieles á su memoria, todos mas tarde sellaron con sangre su promesa.

Eran las dos de la madrugada del 25 de setiembre. Los salones de palacio apenas iluminados con la fúnebre luz de algunas hachas solo resonaban con las pisadas de los sirvientes que cruzaban, y con las lentas campanadas que anunciaban en la Catedral la agonía del Príncipe. Blanca de pie junto al lecho de Cárlos enjugaba el sudor de su frente que la muerte

teñia ya con cárdenas sombras, mientras la fiebre hacía brillar aun sus ojos con un resto de falsa vida, y encendia sus rosadas mejillas.

— Bien llorabas, hermana, dijo el moribundo: tú presagiabas mis exequias en medio de mi triunfo.... dime ¿no quema mi mano? siento un fuego que abrasa mi corazón y que circula por mis venas. Y Blanca besaba ansiosamente la mano de Carlos, cual si quisiera sorber la fatal ponzoña que corria por sus arterias.

— Oh padre mio: continuó aquel, y Blanca se estremeció, ó padre mio, ¿qué dirás al saber mi muerte? Cuanto siento partir sin el postrer abrazo de mi padre... Hermana, haz que entre Peralta.

No tardó en llegar el enviado en cuyo impasible rostro no se pintaba ni arrepentimiento ni triunfo al contemplar su obra. Solo entonces el Príncipe con él y su hermana les habló en voz baja é interrumpida: Fuí padre en mi inocencia, Dios perdone mi error!.... y muriera feliz si pudiera legar á mis hijos mi nombre y mis abrazos, pero de ellos brotaran acaso discordias y sangre... Ay de mí! los amo con toda mi vida, mas decid á mi padre que no tema; jamás sabrán que sean nietos suyos.... He seguido vuestros consejos, Peralta, y mis propios afectos; Blanca será reina de Navarra. O hermana mia, ó la mas amada despues de mis hijos, tuya es la corona de nuestra madre...

— Qué hiciste Carlos? mis derechos los cedí á Leonor, y tu vida y tu libertad fueron salvadas á costa de mi renuncia.

¡Renuncia! murmuró el Príncipe con dolor. Renuncia! clamó Peralta confuso y desesperado. Y luego con diabólica idea añadió: No lo sabeis todo aun, Príncipe. Te acuerdas de la cena de reconciliacion en Morella, del abrazo de tu padre en Amposta? Aquella cena es tu muerte, aquel padre tu asesino.

La frente de Carlos se anubló, y una agitacion convulsiva estremeció sus miembros, mientras erraba por sus labios una palabra de venganza. Sus ojos estraviados se encontraron de repente con un crucifijo, y apretándole en sus manos exclamó: oh Padre mio verdadero, muera yo por él como vos moristeis por mí.

No habló ya otra palabra. Un sacerdote mientras espiraba, le decia: sal de esta tierra, alma fiel, do no hallaste sino cadenas y destierro. El trono para que naciste está en los cielos.

IV.

CONCLUSION.

Barcelona cayó de pronto en el estupor y anonadamiento del dolor, y vió inmóvil á la odiada Juana Enriquez penetrar en sus muros, besar sacrilega la yerta frente de su entonado, y hacer proclamar á su hijo heredero de Aragon. Al volver de su desmayo dió un grito que resonó en todo el principado, mendigó un dueño á las naciones, y juró sepultarse en sus ruinas ántes que obedecer al parricida Monarca.

Los catalanes hicieron un santo de su Príncipe, y miles sin cuento en diez años de revueltas civiles se inmolaron para consagrar el nuevo culto. Los afectos tienen tambien sus mártires y santos como las creencias; y la inocencia y el infortunio ¿no constituyen reunidos cierta especie de santidad?

La triste Blanca otra vez cautiva de su padre, y confiada despues á Pedro de Peralta, bañó con sus lágrimas los pies del asesino de Carlos, y tuvo que pedirle un asilo, porque su vista le era ménos odiosa que la de su hermana á quien debia entregarla. ¿Nada al ménos os resta, le decia, del veneno que ofrecisteis á mi hermano?

El veneno que pedia le fué presentado mas tarde por mano de Leonor en el castillo de Ortez á 2 de diciembre de 1464, tres años despues de la muerte de Carlos. Un mismo fin los unió á entrambos como los habian unido el afecto y las desgracias, y sobre su tumba se levantó el trono de Fernando el Católico, rey de Aragon, de Castilla y de Navarra.

J. M. QUADRADO.



TEATRO.

PELAYO, ópera en tres actos del señor maestro Gerli.

El 19 del corriente tuvimos el gusto de ver representar por primera vez en nuestro teatro la ópera titulada *Pelayo*, bellísima composición del Sr. Gerli. Habíamos manifestado deseos de oirla, porque despues de visto *il Sogno punitore*, nada que no fuera bueno debíamos esperar de dicho señor. Efectivamente así sucedió. El *Pelayo* ha gustado, y ha gustado con motivo. En esta ópera llena de bellezas y de armonía, no sabemos qué admirar mas, si la parte vocal ó la instrumental, ni podríamos decidir tampoco cual de las piezas que la componen merece la preferencia. El genio y el talento se ven marcados en cada una de ellas, y si alguna tuviéramos que citar, seria la introduccion del primer acto y el final del segundo, no porque juzguemos á las demas inferiores, sino porque siendo estas piezas concertantes, requieren mas maestría, y son por consiguiente mas acreedoras á todo elogio.

Sentimos en parte que la gloria del Sr. Gerli no haya tenido por espectadora á una poblacion mas vasta, y que no se haya egecutado su produccion en un teatro mas conocido, pues mal que nos pese debemos confesar que nuestra isla no es el punto mas á propósito para formar una reputacion. Estamos demasiado convencidos de que las dos composiciones del señor Gerli son mas que suficientes para darle un puesto entre los compositores mas acreditados, y un nombre que creemos haria mas gigante con nuevos trabajos, para no formar estos deseos. Lo demas fuera egoismo.

La egecucion fué buena, y tenemos un placer en decir que la Sra. Casanova nada nos dejó que desear. Esto lo decimos con tanto mayor gusto cuanto que algunas veces nos hemos visto precisados, bien á pesar nuestro, á censurar á esta señora. Los elogios que hoy le tributamos deberán convencerla de que ninguna prevencion ha guiado, ni guiará jamas nuestra pluma. Hemos criticado cuando nos ha sido preciso, y alabaremos cuando nos parezca justo, y tanto en nuestra crítica como en nuestra alabanza, seremos siempre imparciales, y llevaremos un fin. En lo primero corregir; en lo segundo estimular.

La Puerta

DE SANTA MARGARITA.

I.

Hay una puerta sombría
De moruna construccion,
Ingrato con ella el hombre
Hála dejado sin nombre
Olvidada en un rincon.

Por bajo de ella no cruza
Enjaezado coreel,
Ni rueda lujoso coche,
Pero al viento de la noche
Abierto está su dintel.

Y el humo, que se levanta
De solitario tizon,
Con sus huellas pegajosas
Cubre las piedras mohosas
Del ruinoso paredon.

Y mas y mas ennegrece
Su bóveda ennegrecida,
Cual si á darla oscuro baño
No bastasen por su daño
Los seis siglos de su vida.

Seis siglos que están sentados
En sus arcos carcomidos,
Y el que pasa bajo de ella
Tal vez no observa la mella
De seis siglos transcurridos.

De seis siglos que sostienen
Un recuerdo allí clavado,
Y el que pasa indiferente
No se digna á alzar la frente
Para mirar lo pasado.

Decid á aquel centinela,
Que allí solitario vela
Sin abrigo en el portal:
Que un día puert^{as} de bronce
Rechinaban sobre un gonce
De reluciente metal;
Y que allí como leones,
Se agolpaban escuadrones
De ginetes y peones,
Al clamor del atabal.

Aquel aparato fiero
Era el esfuerzo postrero
Del balear musulman;
Un ronquido de agonía
De su imperio que caía
En afrentoso desman;
Que de Jaime la fortuna
Era una nube importuna
Que á eclipsar la media luna
Empujaba el huracan.

Y decidle, si se duerme,
Que dormir ya puede inerme,
Cual busto de un panteon;
Que ningun contrario acecha
La vieja almena deshecha
Del morisco torreón.
Un día empero de horrores
Aguerridos sitiadores
Avanzaban triunfadores
Con la enseña de Aragon.

Y allí do sus pies asienta
Trabóse una lid sangrienta
Con indómito furor.
Y á las cristianas falanges
Cercenaban los alfanges
Defensores del error.
Mas los mártires iberos
Aliento á sus compañeros
Daban volando ligeros
Del combate en derredor.

Decidle que aquesta puerta
Desmoronada y desierta,
Que el tiempo ha parado tal,
Cien banderas dando sombra,
Cien marlotas por alfombra,
Cien turbantes por sitial,
Entre pompa esplendorosa,
Y algazara belicosa,
Fué de la cruz victoriosa
El primer arco triunfal.

Sangre derramando y lloro,
Entre esos arcos el moro
Hundirse su trono vió:
Y la espantosa caída
Causó fiera sacudida
En la Alhambra y retembló,
Cuando Jaime al rey decía,
Y de su barba le asia:
«Esclavo, Mallorca es mia:
Su dueño, su rey soy yo.»

T. A.

Éfemérides de la historia de Mallorca.

DICIEMBRE.

23 DE 1693. *Habiendo mediado fuertes desavenencias entre el obispo D. Pedro de Alagon y algunos miembros principales de su cabildo, y hallándose escandalosamente insultada y hollada la autoridad episcopal, como si el cielo volviera por ella, el crucifijo entonces colocado en medio del coro de la catedral, á la hora de Sexta, volvió la cara al asiento del obispo y las espaldas al de los canónigos, de cuyo hecho se conserva memoria en las distribuciones de este día.*

24 DE 1285. *Un almogabar de Segorbe, segun refiere Montaner, que formaba parte de la armada estacionada en Portopí con que Alfonso III de Aragon habia sometido la isla, mientras blasfemaba de la vigilia de Navidad, é iba á comer un cuarto de cabrito, cegó súbitamente con un puñado de ceniza que le arrojó una enorme fantasma. Llevado ante la efigie de Nuestra Señora de la Catedral, despues que el clero y el pueblo todo durante muchos días unió sus ruegos á los del infeliz para su perdon, recobró fortentosamente la vista el día de los Reyes en el mismo templo.*

31 DE 1229. *Al cabo de tres meses de haber desembarcado en la isla con su ejército Jaime I de Aragon, y despues de algunas sangrientas batallas con los moros, asaltaron los cristianos en este día los muros de la ciudad, penetrando en ella victoriosos despues de haberla bañado con su sangre y mucho mas con la de los venecios.*

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.